

A la muy ilustre e insigne señora mía y de mi alma doña Isabel Freyre

Señora mía, ¿no nota la suave brisa del viento que mece al árbol y el dulce aroma de aquestas flores que, con sus olores, llenan el aire de un anhelo por una mirada suya? ¿No siente como el ilustre río, no menos insigne que el Tajo, con el llorar continuo de sus aguas se lamenta dulcemente, a cual suave sonido de la lira tañido, de la ausencia dolorosa e infame del amor que arrebatado le ha sido?

No se extrañe, pues, mi señora, de que el ave de la aurora cante un miserere por mi alma, ni de que las piedras blandas se vuelvan bajo sus pies, deshechas en lágrimas, puesto que cada noche, esperando al amanecer, bajo el sauce me tumbaba y al río, flores, ave y piedras les contaba mis penas y desalientos, oh hermosa Galatea, rosa de la aurora.

¡Cuán dolor mostraban aquellas flores al oírme! ¡Cuál la pena que el ave llevaba en su cantar! ¡Cómo tornaba sus ramas el sauce a escucharme! ¡Qué pesadumbre del viento, que no osaba levantar!

A todos ellos les contaba cómo el sol relumbra en vano al competir con tu cabello, como la luz de la aurora os aparece en vuestro rostro de rosa y azucena, y cómo vuestros ojos, a la par que ventanas al cielo que ellos mismos me prometen, se tornan luego en fuego y astros que me enaltecen, me provocan, me humillan y me hieren.

A las perlas del río les revelé, sin pesar, que tus blancas perlas las hacían enmudecer, y al purpúreo rosal le conté que ni sangrando podía igualar el carmín de tus corales.

Y así, en tu enhiesto cuello de alabastro encadenado me imaginé, y el frío ardor de las níveas rosas con las que dulcemente me acariciabas noté.

Mas todo fue un sueño, pues no estabas conmigo, y al conocido 'stado volví, como Apolo resignado a la busca del laurel. Mi señora, desde que la primera mirada os dirigí, cuando no temblaba, ardía, y en cuanto en un instante me siento valeroso en extremo, al siguiente el más cobarde me creo. Con razón no puedo explicar esto que me pasa, y prendada está mi alma en vuestro gesto. Lo que os escribo desde siempre estuvo escrito, puesto que siento que a vos os debo la vida. Por vos vivo, y puesto que siento que por vos he de morir, por hábito de mi alma, por vos muero cada día. No tengo más que perder, señora; mi vida ya la perdí al miraros, mi corazón ya no reside conmigo, mi voluntad hallarla no soy capaz, de vos me siento cuitado.

¡Temeroso Faetón, que sin tu padre saberlo, por querer probar lo prohibido e imposible, presa del divino rayo caíste! ¡Valiente Ícaro, que sin temor al Sol apuntaste, pese a la caída, cuán placentero fue el momento!

Señora, no tengo miedo a la muerte, pues en ella vivo, y de este modo seguir viviendo no quiero. Ícaro, tu vuelo alzaré, sin temor al mar caer. Faetón, sin miedo al rayo hacia mi destino el carro conduciré.

Sea pues, señora: alce su hermosa sin par cabeza, si le es de su agrado, y dele la gracia a este pobre cuitado de poder mirar sus ojos, aunque sea por postrera vez, y decirle que coja de su primavera el carnosos fruto, que saboree el dulce sabor del joven placer de la belleza.

Sed más presta que el gélido aliento con que Caronte os llama y disfrutad de vuestro hermoso cabello, frente, rostro, ojos, pecho, labios, antes de que la nevada la cubra todo con el peso del recuerdo.

Tornad, si os place, vuestro gracioso rostro hacia las palabras que mi ser os dedica con pasión, amor y eterna devoción, y si éstas os causan igual regocijo como a mí me lo causa vuestra belleza, dejad que os plazca en todos vuestros mandatos en la vida con presteza.

Si os satisface este ingenio, sentid, vivid las palabras que yo os he dedicado y dejad que mi boca os la repita cada día de esta vida que sin vos no es vida, ni muerte. Acompañadme, amadme si os place como os amo yo a vos, corresponded esta llamada desesperada de quien vive cada aliento vuestro. A un pobre cuitado feliz y libre haréis, si, en el fin, esto es lo que queréis.

Garcilasso de la Vega